

1.° de Marzo de 1907. Año IV. N.° 77.

Redacción y Administración: Florida, 14, 3.° izquierda. Apartado en Correos núm. 336.

Trágica escena en un cortijo

Este grabado es reproducción, lo más aproximada posible, según datos que nos han proporcionado, del sangriento drama desarrollado en el cortijo de Vacarizuela, término de Iruela, cerca de Cazorla, en la provincia de Jaén, y del que recientemente se ha ocupado la prensa.

La pareja de la Guardia civil constituída por el cabo Ricardo Nieto Cuevas y el guardia Pedro Molero Manjón, detuvieron á la caída de la noche, al cortijero Juan Padilla Cimarro (á) *Bombacho* y á su concubina, como presuntos autores de un robo; no pudiendo hacer entrega en el Juzgado, dadas la hora de la detención y la distancia, y necesitando comprobar ciertos extremos para fundamentar el atestado, viéronse obligados á pernoctar en el cortijo, con el fin de continuar la práctica de las demás diligencias á la madrugada siguiente.

Pero estos proyectos no tuvieron realización. Inesperadamente fueron sorprendidos por los culpables, quienes, aprovechando el conocimiento de la casa, penetraron en la habitación reservada á la pareja, en la que se entabló una lucha horrible.

Herido traidora y mortalmente desde los primeros momentos el cabo Nieto, tuvo que combatir con inferioridad de medios el guardia solo, el cual, aunque herido también, salvó la vida, haciendo perder la suya al cortijero y produciendo á la amante de éste lesiones tales, que le causaron la muerte á los dos días.

Rindiendo el debido tributo á la memoria del malogrado Nieto, y al arrojo y serenidad del guardia Molero, queremos que quede perpetua memoria del hecho, no sólo para triste recuerdo, sino también para provechosa enseñanza.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Monsieur Gerbois cobra el millón, y Ganimard entra en escena.

Dos días después, M. Gerbois atravesaba los corredores del *Crédit Foncier*. Introducido en el despacho del gobernador, presenta el billete número 514, serie 23. El gobernador le pregunta:

—¿Por fin? ¿Ya se lo han devuelto? ¿Tiene usted la carta del comandante?

—Aquí está.

—Perfectamente. Deje usted el billete y la carta en depósito. Necesitamos quince días para la comprobación. Oportunamente le avisaremos el día que ha de presentarse á cobrar.

La noticia de que Arsenio Lupin había tenido la audacia de enviar á M. Gerbois el billete, fué acogida con gran estupefacción. Cierto que conservaba la hija en rehenes; pero, ¿y si se escapaba?

La Policía, comprendiendo el punto débil del enemigo, redobló sus esfuerzos. Reconquistando á Susana, Arsenio Lupin se habría rendido asimismo, no lograría pescar ni un céntimo del codiciado millón, y su derrota sería un buen éxito para la Policía.

Era preciso encontrar á Susana; pero ni se descubría rastro alguno, ni ella se escapaba. La cosa está bien clara, decían los agentes: Arsenio gana la primera partida, pero la segunda está más difícil. La hija de M. Gerbois está entre sus manos, y él no la soltará sino por los 500.000 francos. Pero, ¿dónde va á efectuarse el cambio? Es preciso que se citen en algún sitio, y avisando entonces M. Gerbois á la Policía, llegamos y le restituímos su hija, sin que tenga necesidad de dar el medio millón.

Se celebró una entrevista con el profesor, el cual, muy abatido, se mostró silencioso é impenetrable.

—Yo no tengo nada que decir: he depositado el billete, y nada más.

—¿Y su hija?

—Continuamos buscándola.

—Pero Arsenio Lupin le habrá escrito á usted. ¿Cuáles son sus instrucciones?

—No sé nada.

Se interroga á M. Detinan y se obtiene la misma reserva.

—Monsieur Lupin es mi cliente—responde—; comprendan ustedes que tengo necesidad de guardar la más absoluta reserva.

Evidentemente, los planes se trataban ocultamente. Arsenio Lupin lo iba disponiendo todo, mientras que la Policía organizaba alrededor de M. Gerbois una extremada vigilancia de noche y día.

El martes 5 de junio, M. Gerbois recibe el aviso del *Crédit Foncier*, y el jueves, á la una, toma el tren para París. A las diez le fueron entregados los cien billetes de 1.000 francos. Mientras que los guardaba uno á uno pensando en que ellos serían el rescate de su hija, dos hombres conversaban en un coche parado á algunos metros del portal. Uno de ellos era el célebre inspector Ganimard, el viejo Ganimard, implacable enemigo de Lupin, y el otro, el brigadier Folenfant. El primero decía al segundo:

—¿Cuántos estamos?

—Ocho con bicicletas y yo.

—Y yo, que me cuento por tres. No falta más que se nos escape M. Gerbois. Nos lucíamos. Se haría el canje, y todo habría acabado.

M. Gerbois sale; al llegar al final de la calle de Capucines toma por los bulevares de la derecha. Se aleja lentamente y mirando los escaparates de las tiendas. Después se llega á un kiosco, compra un periódico y sube de un salto á un automóvil que hay parado allí mismo, el cual parte rápidamente y, doblando por la esquina de Madeleine, desaparece. A la entrada del bulevard Malesherbes el automóvil para y M. Gerbois desciende.

—En seguida, Folenfant—dice Gaminard—; ese mecánico puede ser Ernesto.

Folenfant se ocupa del mecánico. Era un tal Carlos, empleado en la Sociedad de coches-automóviles; diez minutos antes, un señor le había alquilado y le había dicho que estuviese preparado, detrás del kiosco, hasta la llegada de otro señor.

Durante este tiempo, M. Gerbois había saltado en el primer coche que pasaba.

—Cochero, á la plaza de la Concorde.

En esta plaza, un tranvía le condujo á la del Palais Royal; allí otro coche le dejó en la plaza de la Bolsa. Nuevo viaje en tranvía hasta la avenida de Villiers. Tercer coche.

—Cochero, calle Clapeyron, núm. 25.

Sube al primer piso y llama. Un señor le abre la puerta.

—¿M. Detinan?

—¿Es usted M. Gerbois, sin duda? Le esperaba, caballero.

La entrevista. Los honorarios de M. Detinan.

Entran en el salón del abogado. El reloj marca las tres.

—¿No está?—prepunta M. Gerbois.

—Todavía no.

—¿Vendrá?

—Caballero, usted me hace una pregunta cuya respuesta tengo gran curiosidad de saber. Nunca he sentido tanta impaciencia como ahora. Si viene, corre gran riesgo, pues ejerce la Policía sobre mí una gran vigilancia.

—Y sobre mí también — responde el profesor —; tanto es así, que no respondo de si los agentes que me acechaban han seguido mis huellas. No será por culpa mía. He seguido al pie de la letra sus instrucciones. He cobrado el dinero á la hora fija que él me señaló, y he llegado á casa de usted de la manera prescrita por él. Responsable de lo que pueda suceder á mi hija, me he guardado muy bien de faltar en nada.

Con voz angustiosa prosigue:

—Me traerá mi hija, ¿no es verdad?

—Eso creo.

—Sin embargo... Usted lo debe haber visto.

—¿Yo? Aseguro á usted que no. El me ha rogado por medio de una carta que reciba á ustedes dos, que aleje á mis criados antes de las tres y que no admita á nadie en mi casa en el tiempo que medie entre la llegada de usted y la partida de él. En caso de no admitir estas proposiciones, yo debía prevenirle por cuatro letras insertas en *L'Echo de France*. Pero he accedido á todo, porque tengo un verdadero gusto en servir á Arsenio Lupin.

—¿Cómo acabará todo esto?—dice M. Gerbois.

Saca los billetes de Banco y hace dos montones iguales de 500.000 francos cada uno. Cada minuto que pasa, su angustia aumenta; M. Detinan experimenta también una gran impaciencia.

—¡Que venga, Dios mío, que venga! — exclama M. Gerbois. — Yo daría todos estos billetes por recobrar á Susana.

En este momento se abre la puerta.

—La mitad bastará, señor Gerbois.

El profesor se dirige al que acaba de entrar:

—¿Y Susana? ¿Dónde está mi hija?

Arsenio Lupin cierra la puerta sigilosamente, y responde:

—Dentro de un instante su hija estará entre sus brazos.

M. Detinan, estupefacto, murmura:

—Pero .. usted no ha llamado... No he sentido la puerta.

—Es lo mismo. Vamos á lo esencial.

Coge uno de los montones de billetes, cuenta 25.000 francos y los entrega á M. Detinan.

—Tomad; los honorarios de M. Gerbois, querido abogado. Yo espero que no aceptará usted los de Arsenio Lupin.

—¿Y por qué no?—dice M. Detinan, después de reflexionar.

Lupin parece muy extrañado; después, renunciando á comprender el motivo secreto al cual obedecía el abogado, repite la misma operación en el otro montón y le entrega otros 25.000 francos.

—Os quedo reconocido—exclama guardándose su montón.

—Pero—observa M. Detinan—la señorita Susana no está aquí todavía.

—Si no tiene usted confianza en mí—replica Lupin—, abra la ventana y llame. Hay más de una docena de agentes. M. Gerbois es incapaz de despistar á Gaminard... ¿No os lo decía yo? ¡Ved ahí á un buen amigo! ¡Folenfant... y Greame!...

M. Detinan le mira sorprendido. ¡Qué tranquilidad la de aquel hombre! Reía con risa dichosa, como si se divirtiese grandemente, como si ningún peligro le amenazase.

Los tres continúan hablando de esta aventura, y el abogado dice:

—Hay un punto que no veo claro. Amigo Lupin, ¿sería indiscreto si le pregunto por qué el secreter fué el objeto de sus hechos?

Al oir estas palabras, M. Gerbois escucha con atención.

Historia de un pequeño secreter de caoba.

—Serénese, señor Gerbois — dice Lupin—; no he descubierto ningún tesoro. Lo deseaba por razones más bien históricas, y hace tiempo que lo buscaba. Ese secreter de madera de caoba fué encontrado en la casita que discretamente habitaba en Boulogne María Walewsca, y lleva sobre uno de sus cajones la inscripción: «Dedicado á Napoleón I, emperador de los franceses, por su muy fiel servidor Manción». Y debajo, estas palabras, grabadas con un cuchillo: «A ti, María». Por consiguiente, el emperador lo hizo recopiar para la emperatriz Josefina. De manera que el secreter que se admira hoy día en el real guardamuebles no es más que una copia imperfecta de aquel que desde hace poco tiempo forma parte de mi colección.

M. Gerbois suspira.

—¡Si todo esto lo hubiera sabido yo en la tienda! Puede usted estar seguro de que lo habría cedido.

—Y hubiera tenido usted la ventaja—dice Lupin riendo—de conservar su billete para usted solo.

—Y habría evitado el rapto de mi pobre hija.

—¿El rapto? Está usted en un error. Su hija no ha sido robada, sino que ella de buen grado me ha servido de rehén.

—¡De buen grado!—repite M. Gerbois.

—Naturalmente. Ella tenía empeño en procurarse su dote, y ha sido bien fácil hacerla comprender que para obtenerlo era preciso vencer la obstinación de usted.

—Pero ¿cómo se las ha arreglado usted para entenderse con ella?

—No ha sido cuenta mía. Yo no tengo el honor de conocerla. Una de mis amigas fué la encargada de entablar las negociaciones.

—¿La señora rubia del automóvil? —interrumpe M. Detinan.

—Justo. En la primera entrevista, en las puertas del Liceo, todo quedó arreglado. Después, la señorita Susana y su nueva amiga han viajado y visitado Bélgica y Holanda de la manera más agradable y más instructiva que conviene á una señorita. Del resto, ella misma os lo explicará...

Se oyen en la puerta del vestíbulo tres golpes rápidos y después uno aislado. A una señal de Arsenio Lupin, M. Detinan abre.

Aparición de la dama rubia. Ganimard se presenta. Arsenio Lupin desaparece.

Penetran dos mujeres jóvenes. La una se precipita en brazos de M. Gerbois, y la otra se aproxima á Lupin. Esta última era de gran estatura, busto armonioso, algo pálida y sus cabellos rubios se dividían en dos grandes y artísticas ondas.

Arsenio le dice algunas palabras y se dirige á Susana:

—La pido perdón, señorita, de todas estas tribulaciones; pero creo que durante el tiempo que ha estado separada de su papá no ha sido usted muy desgraciada...

—¡Desgraciada! Yo hubiera sido completamente dichosa, á no atormentarme el constante recuerdo de mi pobre padre.

(Continuará.)

Pública azotaina femenina.

Media ciudad azota á la otra media.

El fanatismo rojo y el fanatismo blanco, es decir, el avanzado rabioso y el reaccionario furibundo son expresiones igualmente odiosas de una común intransigencia criminal, contraria á la verdadera forma del progreso.

Pasándose unos la vida en recriminar la intolerancia de los otros, incurren todos en aquello mismo que censuran en los demás, cuando en el ir y venir de la mudable fortuna hallan medio y ocasión para obrar de modo contrario á lo que predicaron. La revolución francesa desencadenó los vientos pasionales contra cuanto significara realeza y religión, y es de todos conocido el número de víctimas que produjo entre los adeptos á estos ideales. Cuando cambió la cosa, no fueron éstos parcos tampoco en las represalias, las cuales dieron origen á verdaderos crímenes, ya colectivos, ya aislados, que la Historia registra.

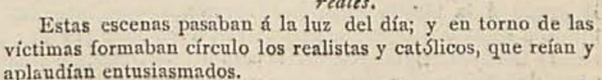


Ninguno entre ellos tan curioso, tan típico y original, y sin embargo, tan poco conocido, como lo sucedido en Nimes, á raíz misma de la restauración borbónica.

Veinticinco años hacía que, prohibidas las procesiones y demás actos externos de la religión católica, no se celebraban éstos fuera de los templos; cambiada la situación política, era precisa la revancha y salieron á pasear las imágenes de santos y vírgenes procesionalmente por calles y callejuelas, conducidas por fanáticos y seguidas por las masas más fanatizadas aún, buscando en ello más que desagravio á pasadas ofensas, provocación á los del opuesto bando, ahora vencidos y, por lo tanto, mejor era desahogo político que acto inspirado en la fe en la santidad de las creencias.

Entrando como factor la exaltación mística, ¿cómo podía faltar la intervención inevitable, furiosa, inconsciente, pero tenaz y decisiva, de la mujer? Así sucedió.

El 15 de agosto de 1815, día de la Ascensión de la Virgen, las mujeres de Nimes, decididas partidarias del catolicismo, se esparcieron por la ciudad, organizadas en cuadrillas; tomaron posiciones en distintos barrios; concertaron un común movimiento de fuera á dentro, y á una señal determinada emprendieron el ataque hacia el interior de la población, se apoderan de las mujeres calvinistas que encuentran, las arrojan á tierra, las levantan las enaguas y las azotan despiadadas con unas disciplinas constituídas por correas, que por terminar en *flores de lis*, recibieron el nombre de *disciplinas reales*.



Estas escenas pasaban á la luz del día; y en torno de las víctimas formaban círculo los realistas y católicos, que reían y aplaudían entusiasmados.

Tan del gusto público fué, que las autoridades, en vez de evitarlo, alentaban á las frenéticas partidarias del *azote libre*, y para cuantas pudieran ejercitar este derecho constituyó un timbre glorioso, del que se vanagloriaban después, estimándolo como mérito contraído para el día de la suprema justicia.

G. G. de la G.

Fisionomonía (1).

Con esta palabra se designa una nueva ciencia, la de descubrir la condición moral de las personas por los rasgos fisonómicos de las mismas. Ha demostrado recientemente la medicina que entre éstos y aquéllas existe una relación directa, una influencia recíproca, y en ello se funda tan original sistema.

La sabiduría popular, adelantándose á la de las aulas y á la de los gabinetes de estudio, había establecido análogas conexiones; podríamos decir que hasta el instinto marcaba inconscientes aproximaciones y desvíos, que no son, en suma, otra cosa que la aplicación irreflexiva de las reglas de esta nueva ciencia, que daremos á conocer someramente.

De la cara.

La cara larga, de pómulos pronunciados, revela orgullo, tendencia al engaño, al fraude, al dolo. Larga y llena, indica bondad y ser persona dispuesta á buenas amistades.

La cara media, ni gruesa ni delgada, anuncia aptitudes muy variadas. Bien regular es propia de gentes serias, equilibradas, graves, francas.

Cara carnosa es cara de perezoso, de presuntuoso y tímido. Demasiado delgada, es propia de gente ingeniosa, prudente y amante del estudio.

El color facilita igualmente, y aun quizá en mayor escala, iguales conocimientos.

El rojo denota maldad, terquedad, indocilidad, astucia.

El blanco, molicie, suavidad, desidia, algo de abandono.

El pálido inspira desconfianza, y el amarillo acusa bilis y cólera.

La frente.

La redonda y bien proporcionada es el tipo perfecto de la frente. Despejada de cabellera, donota gran inteligencia, alteza de miras, espíritu justo, un hombre superior, en suma. Frente grande, despejada, es de aventurero; la larga, signo de despotismo; la plana, de irreligiosidad, carácter mentiroso; la estrecha, torpeza y falta de energía, incapacidad para grandes empresas.

(Se continuará.)

Uno que fué por lana...

En las primeras horas de uno de los pasados días el sargento Guinarch, comandante del puesto de Gendarmería de Chantilly, marchaba acompañado de un subordinado suyo, de regreso á esta localidad. Entretenían la marcha hablando sosegadamente de lo que es motivo de conversación ahora constante entre franceses, de la ley de separación de la Iglesia y el Estado, cuando de pronto el sargento dejó de prestar atención á lo que decían. Al observarlo su interlocutor, le preguntó la causa, por lo que le replicó:

—¿No ha notado usted señales de sangre en el camino que llevamos?

—Ninguna he visto—respondió el gendarme.

—Pues las hay, y de no largo tiempo.

Acababa de decirlo, y apareció un ligero reguero sanguinolento que se extinguió á poco; algunos pasos después se vieron señales análogas, y luego otras. No cabía duda: por allí había pasado un herido.

Siguiendo las huellas, con dificultades que sólo el ojo certero del sargento pudo salvar, llegaron hasta un kilómetro de la aldea de Asniers; allí perdiéronse por completo; pero ya habían esclarecido bastante, puesto que llegando á la citada localidad, los gendarmes, preguntando á unos y á otros, consiguieron averiguar que Fernando Leroy, antiguo guarda de campo, de treinta y tres años de edad, había entrado en su casa con heridas cuya explicación no satisfacía.

El interrogatorio fué un verdadero torneo; ninguna fuerza era capaz de hacerle confesar; encerrándose en absoluto mutismo ó desviando las contestaciones, no hubo forma alguna de obtener la adecuada hasta que, ya cansado, ó ya inconscientemente, se le escapó esta exclamación:

—He querido robar para poder alimentar á mis cinco hijos.

Era suficiente. Con esta frase llegóse al total esclarecimiento del hecho, que constituye un verdadero y emocionante drama.

* * *

En el cercano caserío de Lys vivían dos antiguos renteros, ya sexagenarios; entre once y doce de la noche precedente, hallándose acostados, el ruído de cascote que se desprendía de la pared despertó á la mujer; prestó atención, y no le cupo la menor duda: un hombre acababa de introducirse en la casa; el cual, por la forma con que lo había logrado y por la seguridad con que se dirigía de uno á otro lado, demostraba que le era perfectamente conocida.

La sexagenaria se levantó, y valientemente pasó á la pieza vecina; para guiarse encendió una cerilla; pero apenas acababa de hacerlo cuando una mano se apoderó brutalmente de su brazo y un certero soplo apagó aquélla; en seguida fué arrojada á tierra, y aunque luchó con fuerza contra su agresor, la desgraciada no pudo evitar que el cuchillo de éste se hundiera repetidas veces en diferentes partes de su cuerpo.

Los gritos de dolor que exhaló despertaron al marido, quien á tientas, pues es ciego, y guiado sólo por la dirección de la voz, se encaminó en socorro de su mujer. Después de una corta lucha, consiguió apoderarse del asesino, lanzarlo al suelo, paralizar los movimientos agresivos y lograr al cabo que su vieja compañera pudiera desprenderse.

En tanto que el pobre ciego mantenía al bandido inmóvil, madame Lejeune, que así se llama la maltratada, se apoderó en la cocina de un cuchillo de picar, y por cuatro ó cinco veces le hirió con él en la cabeza. La sangre corría en abundancia, y sea por la acción de ella, sea por la debilidad de la *amazona*, el cuchillo se desprendió de sus manos sin que, por efecto de la obscuridad, pudiera encontrarlo.

Ardiendo en deseos de venganza, no se desanima por eso; busca por distintos sitios y se apodera, al fin, de un martillo, con el cual golpea, con más furia que acierto, al detenido, que ella palpaba, pero no veía.

Corrieron muchos minutos durante el desarrollo de esta escena horrible, en la cual, mientras el matrimonio demandaba inútilmente socorro, el ladrón conservaba absoluto silencio.

Por fin, un esfuerzo desesperado de éste le permitió ponerse en pie; la claridad, apenas perceptible, que dibujaba el marco de la puerta, le guió al corral. Demasiado débil, y cegado por la sangre, no pudo salvar la pared; pero entrando en un establo logró, gracias á una claraboya cuyo cristal rompió, salir al campo y dirigirse á su casa.

Los valientes ancianos, fatigados por la emoción y por el esfuerzo, permanecieron en la suya, donde fueron hallados por los gendarmes en tan completo estado de abatimiento, que han tenido que ser sometidos á tratamiento en el hospicio de Gouvie.

Esto es lo que averiguó y esto es lo que hizo la investigadora mirada del sargento Guinarch.

¡Lo que puede un poco de atención y buen deseo!

G. G. de la G.

La Guardia Republicana de París, Cuerpo equivalente, aunque mucho más perfecto que el nuestro de Orden Público, fundó en el mes de julio último una Sociedad cooperativa de consumo. En cinco meses de funcionamiento ha amortizado un capital por valor de 32.000 francos; ha sufragado los gastos del personal civil que cuida de la cocina y del servicio; ha constituído un fondo de reserva de 10.000 francos, y ha repartido entre los accionistas — que son individuos del Cuerpo — cerca de 14.000 francos de beneficio. El alimento es excelentísimo y variado.

(1) Damos principio al estudio de esta curiosa ciencia, una vez terminada la *Grafología*, siguiendo el ofrecimiento que hicimos.

Más sobre las penitenciarías militares francesas.

El sepulcro.

Para la mayoría de nuestros lectores fué una sorprendente revelación cuanto dijimos en el número 73 de esta Revista, correspondiente al 1.° de enero de este año, en términos tales, que algunos nos han escrito en demanda de mayores noticias acerca de tan extraño asunto. No pensábamos volver sobre él, pues nuestra tarea es buscar por otros campos la amenidad y enseñanza que nos proponemos; pero ante la curiosidad despertada y ante el arsenal de antecedentes con que contamos, daremos hoy nueva idea de lo que son los Cuerpos disciplinarios franceses y cómo se administra en ellos rápida justicia. Diremos previamente que lo que vamos á relatar es un caso tomado al azar entre otros mil que pudiéramos haber elegido de igual modo.

Incorporado al 5.° batallón de Infantería ligera de Africa en Biska, Francisco Ramat, un día, por ligerísima falta, fué castigado al *pelotón de corrección*, llevando durante una hora y al paso gimnástico, en el patio del cuartel, un saco de arena á la espalda.

En el momento en que pasaba cerca de las celdas donde se hallaban algunos recluídos, una voz dulce imploró:

—Ramat, hazme el favor de pasar algunos cigarros.

Era uno de sus compañeros, castigado á ocho días de prisión.

—En seguida—respondió el requerido.

Y á poco, el cabo de semana, precedida la voz de *¡alto!*, se alejó un tanto.

Rápidamente, y aprovechando esta ausencia, Ramat introdujo por un agujero de la puerta cuatro cigarros; pero el cabo había visto el movimiento, y acercándose de manera inesperada, exigió la entrega de los que aún no había pasado y se proponía hacerlo. Obstinóse en no obedecer la orden de su jefe; éste llamó á los testigos para que confirmaran la desobediencia, y el asunto pasó al Consejo de guerra.

Condenado á dos años de prisión, fué destinado á la penitenciaría de Dalia. No hay para qué referir que en ella se empleaba el saco de arena, así como las esposas de las manos y de los pies, explicadas en el número citado al principio; y de tal modo se imponían, que para comer y ejecutar otras necesidades era preciso la ayuda é intervención de los compañeros.

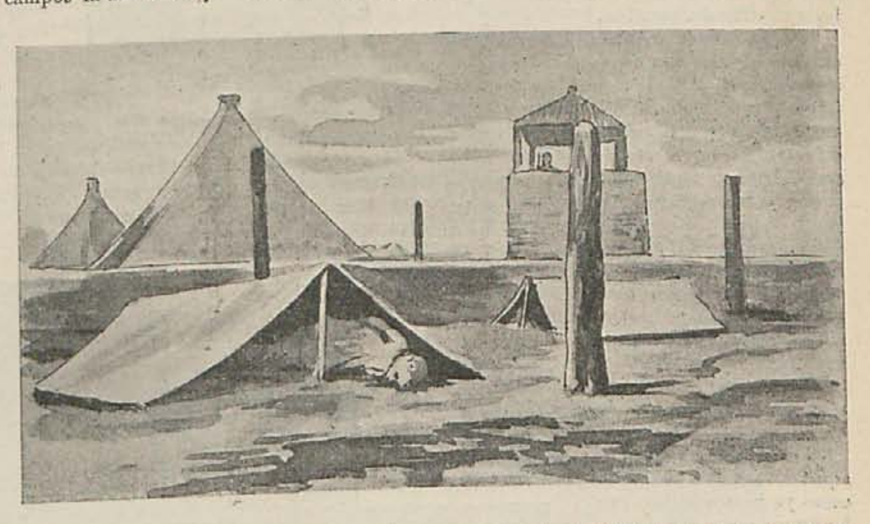


Al quedar libre de estos hierros, había que cuidarles muy esmeradamente las muñecas, desprovistas casi de carne, y atender sus brazos, ya anquilosados

Pero, con ser penosos é inhumanos estos castigos, todavía existía otro mayor: el temido *sepulcro*.

Bajo la tela de una tienda de campaña, plegada en dos, en forma de prisma, el individuo condenado á tan horrible mortificación se acuesta sobre el suelo. Todo movimiento le está prohibido, porque caería la tela y le costaría caro. La cabeza y los pies, desnudos, sobresalen de la tienda..., y en esta situación sufre á la intemperie el sol abrasador, el aire, la lluvia, el hielo, el hambre, todas las inclemencias del cielo y de la tierra.

Tales espectáculos influyeron en el ánimo de Ramat, que sólo la tortura y el martirio veía á su alrededor, y con su compañero Venet, decidió alejarse de estos lugares; pero hubo soplo, y dos sargentos vigilantes los detuvieron, los sujetaron con las esposas consabidas, los golpearon fuertemente y, por último, los acostaron en el temido *sepulcro*.



Treinta días pasaron en esta horrible quietud, y cuando al término de ellos volvió á la normalidad de aquella vida imposible, sólo una idea germinaba en su mente: la de recobrar á toda costa su libertad, sin que fuera parte á disuadirle de tal propósito el hecho diario de la muerte ó el duro castigo de quienes, procurando la fuga, eran sorprendidos por los encargados de la custodia.

En el mes de diciembre, trabajando Ramat con otro compañero, viéronse vigilados por un solo tirador, y encontrando oportuna esta ocasión para realizar sus planes, intentaron la huída.

Había Ramat ganado la planicie, cuando de pronto oyó tras sí gritar:

—¡Alto! ¡Alto!

En vano acudió á todas sus fuerzas; el árabe que le perseguía, acostumbrado á correr por aquellos terrenos que le eran familiares, le dió alcance, y gracias á que tuvo piedad de él y no le mató, como pudo hacerlo, con lo cual hubiera obtenido un ascenso. Apoderados del fugitivo, se le desnudó, para ponerle en el *sepulcro*, no dejándole, á pesar del frío mortal que se sentía, más que su camisa; pero se le pusieron las esposas de pies y manos con tal fuerza, que los huesos crugieron, haciéndole arrancar gemidos de dolor.

Una espesa sábana de nieve cubría la tierra; sobre este lecho helado se tendió al pobre Ramat en nuevo *sepulcro*, al lado de otro penitenciario, Bouchon, y así transcurrieron algunos días, hasta que la situación de ambos tuvo que terminar trágicamente.

Hacia media noche, el centinela vigilante pronunció la voz de

—¡Jefe de puesto, un hombre muerto!

Acudióse. A la mortecina luz de las linternas se vió que Bouchon, negro ya su cuerpo, había cesado de vivir por la acción del frío, y que la sangre permanecía helada en las arterias. Ramat vivía aún, pero no podía mantenerse en pie, literalmente helados: la gangrena se había apoderado de ellos; y transportado al hospital, fué preciso amputarle las dos piernas, la derecha, sin pérdida de momento; la izquierda, poco después.

Esta pobre víctima se halla obligada hoy, para vivir y hacer vivir á los suyos, á implorar la caridad pública, y en actitud de hacerlo ha sido tomado el retrato que de él publicamos, como lo fué también del natural la vista del *sepulcro* con que ilustramos este escrito, en una visita hecha en Beni-Ounif el 23 de octubre del año anterior, lo que le da un sello de autenticidad capaz de convencer á los incrédulos.

P. de la P. P.



Reinaba en aquel recinto el más profundo silencio, y sólo se oía la respiración igual y pacífica de la joven adormecida.

Pedro Arbués sacudió con esfuerzo ese terror inoportuno que le había acometido.

—Estoy loco—dijo entre sí, y se sentó en una silla que había al lado de la cama en que Dolores continuaba dormida.

Pedro Arbués tuvo tiempo de contemplarla durante algunos minutos y de saciar su alma con su vista; pero á medida que él recorría toda su figura atrevido, descubriendo sin pudor en su pensamiento los encantos de aquella casta joven, sus impresiones cambiaron de carácter. Al terror vago de que se había dejado sorprender, sucedió uno de aquellos excesos de pasión frenética cuya sorpresa le sumergía en una dolorosa exaltación. Con todo, á pesar de su increíble audacia y de la certidumbre de la impunidad, no se atrevió á cometer el crimen con todo su horror. Es imposible decir si era por consecuencia de un remordimiento secreto, ó por temor de añadir una maldad más á la enorme multitud de sus crímenes; ó bien por un refinamiento de disolución, que ese hombre de desenfrenadas pasiones temía encontrar pocos encantos en una victoria tan fácil. Como el alma humana es un abismo insondable, nos abstenemos de resolver esta duda.

Sea como fuere, esta lucha interior salvó en aquel momento á la hija del gobernador, la cual, como ya hemos dicho, estaba ligeramente dormida.



Sumergido el inquisidor en un profundo éxtasis, la contemplaba con avidez, pero no osaba despertarla.

En su delirio se inclinó suavemente hacia la mano que descansaba en la almohada y besóla con sus ardientes labios.

A este contacto estremecióse todo el cuerpo de Dolores, entreabrió sus ojos recargados, y al aspecto de aquella sombría figura que se levantaba ante ella, dió un grito de horror, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¿Tenéis miedo de mí?—dijo Pedro Arbués con dulzura.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¿Por qué me perseguís así? —exclamó la joven con voz cortada.

En este momento fué cuando José la había oído.

—Hija mía—respondió Pedro Arbués, vuelto á su papel de inquisidor por el espanto que inspiraba—, hija mía, el pastor siempre busca la oveja que se extravía, hasta que la ha vuelto á encontrar.

Dolores, que se había incorporado en la cama, miró al inquisidor con desconfianza, y una amarga sonrisa asomó á sus labios; después dijo lentamente:

—También el lobo busca la oveja para devorarla.

—¡Dolores!—dijo el digno discípulo de Domingo de Guzmán, irritado de ver frustrada su hipocresía ante la rectitud y candidez de una niña.—¡Dolores! Veo con sentimiento vuestra alma ciega y pervertida por las abominables doctrinas de la Reforma. El que tiene fe en Dios, tiene fe en sus ministros, y vos no creéis en mí.

—Sed bueno y justo como Dios—respondió la valiente joven.—Yo obedeceré al servidor cuando él siga los preceptos de su maestro. Pero, ¿qué me pedís, señor? ¿Adorar la mano que para herir busca siempre una cabeza inocente? ¿Queréis que bendiga al que ha convertido á mi padre, á mi noble padre, en un cadáver viviente?...

—¡Insensata! ¿Tanto habéis adelantado en la vía de perdición, que la verdad no puede disipar vuestras profundas tinieblas? ¿Ignorais que nosotros sólo herimos al cuerpo perecedero á fin de salvar el alma inmortal?

—¡Ah, monseñor! Si son esos los medios de salvar las almas, creedme, renunciad á ello lo más pronto posible; pues sólo son buenos para hacer dudar de la justicia de Dios!

—¡Esto es! ¡Esto es!—prosiguió el inquisidor—; siempre esta terquedad y esta insubordinación á las leyes de la Iglesia, sacadas de la doctrina del fraile apóstata. ¿No sabéis, joven, que Dios dijo: «Todo árbol que no produzca buen fruto será cortado y arrojado al fuego?» y que dijo además: «Separad las ovejas sarnosas del rebaño». He aquí por qué la santísima Inquisición, para obedecer á las órdenes de su maestro, escamonda los malos miembros del catolicismo, cuya perversidad amenaza infestar la gran familia cristiana.

—Monseñor, el maestro que dijo eso, dijo también: «No arranquéis la cizaña, aguardad el tiempo de la cosecha.» ¿Por qué, pues, empleais contra mí las persecuciones y las violencias? ¿Por qué me habéis arrebatado mi padre? ¿Qué os ha hecho para atormentarlo así?

—Ha pervertido vuestra alma con su culpable tolerancia. La Inquisición ha hecho justicia queriendo castigarle; pues los padres legan la corrupción á sus hijos.

Al expresarse así el inquisidor tenía una majestad enteramente bíblica; hasta la hipocresía era en él grandiosa. Sus palabras severas, su gesto grave y mesurado, su acento enérgico y sonoro, la precisión aparente de sus argucias tenían un grande poder de fascinación; pero Dolores, á pesar de su juventud é inexperiencia, poseía una razón demasiado recta para dejarse convencer.

El abominable uso que Pedro Arbués hacía de las ventajosas facultades de su inteligencia, inspiraba á Dolores un absoluto desprecio, y este sentimiento se leía en su expresiva fisonomía, y temblaba además al verse sola con él en aquella cárcel en que mandaba como rey.

Demasiado orgullosa y cándida para disimular sus afectos, temía muchas veces irritar más á ese hombre, de quien dependía la vida de su padre; y en aquel rostro severo donde la intolerancia había puesto su máscara de bronce, buscaba si había quedado algún vestigio de sensibilidad; si ese feroz inquisidor, para quien la muerte de un hombre no era más que un juego, conservaba aún en el corazón alguna fibra que se pudiese hacer vibrar. Pero el rostro de Arbués sólo expresaba una dureza inexorable, y sus ojos no revelaban más que la pasión que en su pecho ardía; por esto la presa bajó la vista y no osó decir una palabra.

—¡Dolores!—continuó el inquisidor con tono dulce y tranquilo.—¿Conque no queréis convertiros?

—Soy cristiana de corazón y de alma, monseñor, ¿por qué me perseguís?

—¡Oh, niña! Cuánto te engañas respecto á tus verdaderos sentimientos—dijo Pedro Arbués acercándose á la joven, mientras que ella apretaba contra su cuerpo la basquiña de seda que rozaba con el hábito del inquisidor.—¿Tú me odias mucho?—dijo con despecho.

—¡Perdón, monseñor! ¡perdón y piedad!—dijo juntando las manos con terror.—Volvedme á mi padre, volvedme la libertad, os lo pido en nombre de Dios, á quien adoro; en nombre del gran mártir que murió en la cruz para redimirnos.

—¡Oh! ¡Si tú quisieras!—prosiguió contemplándola con apasionada admiración.

Estremecióse Dolores y púsose pálida, porque recordó la escena que se había desarrollado algunos meses antes en su oratorio; ¡y en este momento estaba en poder del inquisidor!

José oyó desde fuera toda la conversación; y también él tembló por Dolores; pero mientras aplicaba el oído á la cerradura á fin de no perder una sílaba, la puerta cedió, lo cual le hizo advertir que se había olvidado de cerrarla; y gozoso por este descubrimiento, retrocedió por no abrirla más.

El inquisidor continuó, haciéndose una violencia extrema para permanecer tranquilo, mientras que estaba consumido por todos los ardores de la pasión:

—¿Quién os dice, hija mía, que yo no he obrado así con respecto á vos á fin de conduciros á la verdadera fe, de la que os habéis alejado, y usar luego de la misericordia y de la indulgencia del buen pastor? Comprendéis, pues, cuánto os aprecio, y que no quiero haceros mal.

(Continuará.)

Hay que convenir en que Alemania tiene también sus *cosas*, en punto á moral, que nada tienen que envidiar á otras naciones que citamos frecuentemente.

Acaban de descubrirse curiosas especulaciones á que se dedicaba una Sociedad de señoras caritativas. No solamente estas señoras se hacían culpables de robos, hasta ahora impunes, sino que organizaban fiestas de la Caridad, sin otro propósito que el de realizarlos de una manera galante y disfrazada.

Una taza de café se pagaba de 10 á 15 marcos; un beso en la mano valía 5 marcos; en el brazo, 10; en el cuello, 20; en los labios, 30, etc., etc. A los que tales actos escandalizaban, hacíaseles ver los beneficios que reportaban á la caridad, con cuyo hermoso pabellón se cubría la libertina mercancía.

Advertencia.

La Administración de esta Revista se ha trasladado á la calle de la Florida, núm. 14 3.º izquierda.

La mujer vampiro.

Siempre la realidad sobrepasa los límites de la más exaltada fantasía. Ocúrrasele á alguien indicar que en el siglo en que vivimos se reproducen con caracteres de exactitud las escenas novelescas de un *vampirismo* minuciosamente descrito, pero nunca confirmado, y á quien tal dijere se le consideraría como un impostor ó como un loco.

Y, sin embargo, el hecho se ha realizado hace pocas noches en el cementerio de Saint Etienne.

Los guardianes del mismo percibieron una mujer arrodillada sobre una tumba, y que, con sus dedos, removía la tierra. Al acercarse, presenciaron un horrible espectáculo. Tres mortajas yacían desenterradas, rotas, y fuera de ellas los cadáveres desnudos de otros tantos niños.

Detúvosela, y al hacerlo, se encontró con que tenía entre sus brazos un cadáver más, medio mutilado.

Créese que se trata de una loca, llegada á ese estado por la muerte de un hijo; pero el caso merece confirmación, porque se abrigan dudas.

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.